

SUSCRICION.**MURCIA.**

Pago adelantado.

Un mes. . 75 céntimos.

Trimestre. 2 pesetas.

FUERA.Suscripcion directa,
un trimestre 2 pesetas;
por conducto de comi-
sionados, 2 pesetas 50
céntimos.

Num.º suelto 25 cénts.

**REGALOS**de libros en todos los
sorteos de la loteria
nacional.**OFICINAS**

calle de Zoco, núm. 5.

Las suscripciones de
trimestre se norman
para finalizar por los
del año.

EL CHOCOLATE.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y PASATIEMPOS.

EL AMOR.

BALADA.

I.

La estrella de la alborada, despide trémula, el último rayo de su argentada luz; parece a la mirada que la herida cervatilla dirige moribunda a su verdugo; a la que una madre, llena de dulzura, dirige al hijo cariñoso de sus entrañas.

Empieza la noche a descender el velo, destacando por el Oriente la forma leve de una blanquísima nube.

Tiñese poco a poco de un ligero sonrosado, mucho mas bello su color que el de la rosa naciente.

Largas cintas luminosas, bellas, como la esperanza, lánguidas, como una mirada de amor, bordan el oscuro azul del firmamento.

Es que amanece y la naturaleza preludia sus cántigas de amor y de armonía...

Despójase la espesura de sus sombras; y la nube convierte su débil color rosa, en el vivo carmin que tiñe la flor poética del granado; en el tinte vital que colora las tersas mejillas de las vírgenes de Murcia.

Y las cintas de luz se marchan.

Y el universo se alegra y se sonríe...

Aurora despertó y con ella una casta ple-garia.

La tierra toda canta su amor, con voces mas suaves que las del Angel de la Anunciacion;

son ecos mas dulces que aquellos que se escuchan en la conciencia del justo.

El aircillo abre sus alas y vagando por entre las blancas flores de las acacias, lleva doquiera su perfumado aliento y sus suspiros enamorados.

La alondra al percibirlos, despliega su trémulo vuelo y sin temor se eleva y se eleva hasta las nubes; ansiando, quizás, ser la primera en saludar con sus trinados gorgoros los reflejos rosados de la alborada.

Y el gilguero enamorado, sobre las puntas de los morales y en las ramas de los olivos, trina tambien venturoso al divisar los primeros rayos de luz que el Sol paciente esparce espléndido de su abundante cabellera salpicada de rubies de encendido color.

Y la azucena empieza a abrir su virginal capullo lleno de fresco liquido; mucho mas blancas sus hojas, que la nieve de la montaña; mucho mas frágil su tallo que el terso cristal del murmurante rio;

y de su cáliz encantador, los enamorados estambres, al beso del céfiro que juega, despiden gozosos su polvillo amarillento;

y al primer rayo de luz que tras la cima quebrada de la alta loma despide rutilante el dios del dia, inclina ya embriagada de placer el delgado cuello de su corola rizada...

¡Oh, cuánta armonía mana de la tierra al cariñosa beso que le prodiga el Sol!

¡Oh, como el pajarillo esponja sus pitadas plumas;

y las flores despiden su rocío;
y el pez salta gozoso en la superficie
tersa del tranquilo mar!

¡Oh! como la espesura en cantos inimitables
murmura tal vez de amor!

¡Oh, como el cielo se viste de gala;

y el prado de yerbas olorosas;

y el bosque de pintados pensamientos;

y las faldas de la montaña de romeros y
tomillos;

y las márgenes del riachuelo de cándidas
siempre vivas!

¡Oh, como á una se abrazan con entrañable
cariño el cielo y la tierra, amor nacido
del pensamiento de Dios!...

Pero en este todo tan perfecto falta una
idea;

un sentimiento que admire tanta belleza;
una inteligencia que comprenda tanto
valor;

y una voluntad que lo posea todo.

¡Falta el hombre;

el cumplimiento de la obra de Dios;

la imágen de su imágen;

el reflejo de su poder!...

¡Falta el hombre!...

Pero no; la naturaleza despertó de su
sueño nocturno, y al primer rayo del crepúsculo
matutino, se vistió de gala;

y luego al primer rayo de esplendente
Sol, despertó el hombre para gozarla.

El todo está ya completo;

ya hay quien rebosa amor y quien lo
sienta;

quien derrame luz y quien la admire;
quien ofrezca armonía y quien la quiera.

Están, dueños de la naturaleza, monarcas
de lo creado, últimos toques de la sublimidad,
el hombre y la mujer.

Nada falta ya;

nada hay ahora mas perfecto que la
naturaleza!

Es su encanto tan sencillo que no se puede
espresar, ni se puede comprender;

se siente con vaguedad, se desea con entusiasmo,
se admira con loco frenesí.

Es que una voz, mas armónica que las demás,
nos dice interiormente, ¡ama! y el eco de nuestro
corazon repite, ¡te amo! y ciegos obedecemos y
amamos con delirio.

¡Amor!...

He aquí el todo; he aquí la palabra magna
que con su irresistible atracción nos domina y
subyuga, como el iman á los polos de la
aguja; como el movimiento de la tierra
al dedo de Dios;

y como todo el mundo ama, y como la natu-

raleza al exhalar su perfumadísimo aliento,
lleno de esa dulce, cuanto inflexible voz,
nos arrastra tras de su carro de fuego, nosotros
la seguimos, admirando á un mismo tiempo
cuanta grandeza esparce en lo creado el
pensamiento poderoso del Creador.

Por eso, al través del encantado velo que
el sonriente crepúsculo de la alborada va
descorriendo para anunciarnos venturas sin
límites, admiración sin orgullo, gozamos
una y otra mañana y deseamos ver la siguiente
para gozar tambien;

y es siempre un placer nuevo;

y siendo una misma causa, es siempre un
distinto efecto...

¡Cuánta grandeza!... ¡Cuánto poder!..

(Se continuará)

A. T. P.

¡MI BLANCA!

Blanca se llamaba, y blanco
de sus ojos siendo yo
más mi pecho envenenó
que un cigarro del estanco.

Su blanca y limpia hermosura
logró ponerme en un brete,
y eso que siempre el blanquete
fué el alma de su blancura.

Yo que en amor no soy manco
de mis casillas salía
cuando mi Blanca ponía
sus dulces ojos en blanco.

Mas por mi sino indiscreto
cuando mas la amaba usano,
Blanca dió su blanca mano
á otro apreciable sugeto.

Tal premio á mis sinsabores
lágrimas del pecho arranca,
pues me dejó hasta sin blanca
la Blanca de mis amores.

Cárlos Cano.

EL NUEVO ENCANTO DE LA MUJER.

El poderoso atractivo que esa bella mitad
del género humano, que se llama mujer,
ejerce sobre la otra mitad que se llama hom-

bre, ha adquirido recientemente, digámoslo así, un nuevo encanto.

El secreto estaba cuidadosamente guardado en las profundidades de ese saco misterioso donde se ocultan todas las cosas que no se saben.

Una mano curiosa ha tropezado con él y sacándolo de la oscuridad de su escondrijo ha dicho: Aquí está esto.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí, llenas de impaciente curiosidad acudirán al espejo buscando en él ese nuevo atractivo, ese nuevo encanto que poseían sin saberlo.

Examinarán atentamente las mas seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, y se apartarán del espejo dirigiéndose á sí mismas esta pregunta íntima: ¿Qué será?

Después de una meditacion mas ó menos profunda se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva y extraordinaria maravilla que hace irresistible para el corazon del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda, aquí hay alguna invencion maravillosa, algun adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hay un vestido irresistible, un sombrero encantador ó un aderezo celestial que ha convertido de repente á la mujer en angel.

¿Será esto?

Quizá no sea un capricho de la moda, tal vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial, acaso no sea mas que el prodigio del cosmético.

¿Será posible?

Hay un hombre que ha descubierto «La Belleza eterna», y este hombre que se llama Raynaud ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta.

La lengua del siglo vá de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando á las gentes que el Sr. Raynaud vende á dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.

Hermoso hombre debe ser este.

Mirad toda la profundidad de la maravilla.

Nada hay mas caro para los hombres que la belleza de las mujeres, la pagan á peso de oro y muchas veces á peso de desdichas; pero, ¡oh felicidad! Raynaud vende «La Belleza eterna» á dos reales.

La naturaleza avergonzada debe huir y

ocultarse en el último rincón de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho «gratis» es verdad, pero apenas lo dá cuando lo quita.

Hermosura fugitiva que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel que se escapa precisamente cuando mas se necesita.

El Sr. Raynaud es mucho mas generoso que la naturaleza: dá por dos reales una belleza eterna.

Las mujeres, embellecidas por el Sr. Raynaud, pueden decir ya sin escrúpulo y sin reparo: esta belleza es mia, como los demás decimos: ese es mi sombrero, este es mi reloj, aquella es mi casa.

¿Será este el nuevo encanto que ha adquirido el atractivo de las mujeres?

Tampoco es este.

Ni á la moda, ni á la química, ni al arte del Sr. Raynaud deben las mujeres este famoso descubrimiento.

Ni consiste en la correccion del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

Ni consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está solo en la mujer, porque está en todas y solo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular, ellas mismas no saben que lo tienen y parecen como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento las miradas, detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por ti.

¿Quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una, y otras veces otra, ó mas bien, lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

— ¿Me quieres? pregunta la mujer.

Siempre que hace esta pregunta es que lo sabe.

El hombre contesta: no como, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshóñran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

Las mujeres! hé ahí la muerte del hombre.

Pues bien, hé aquí el prodigio.

Las mujeres nos matan, pero hay una mujer que nos alargá la vida.

- Dónde está esa mujer?
 —En todas partes.
 —Cómo encontrarla?
 —Donde quiera que haya una mujer, esa es.
 —Será hermosa?
 —O fea.
 —Será rica?
 —O pobre.
 —Son todas?
 —Es una.
 —¿Una sola posee ese singular privilegio?
 —No, lo poseen todas.
 —Hé aquí una cosa inexplicable.
 —Hé aquí una cosa matemática.
 —Es un juego de palabras.
 —Todo lo contrario, una serie de hechos.
 —Quién lo sabe?
 —La experiencia.
 —Quién lo cuenta?
 —Los mineros.
 —Abramos el arcano.

El doctor Stark ha leído á la Academia de Edimburgo una estadística; de ella resulta que los hombres casados viven por término medio veinte años mas que los solteros.

Y debe ser así.

El amante dice á todas las mujeres: «Por tí me muero.»

El marido dice á su mujer: «Por tí vivo.»

Dice el amante; mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

Y dice el marido: mi mujer mis hijos, mi familia.

El amante dice, estoy loco.

El marido dice: estoy contento.

Soy feliz, exclama el amante.

Y exclama el marido: soy padre.

«Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazón,» dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido solo puede decirle á una sola: «Tú eres mi mujer.»

Hé aquí una doble cuestion de moral y de higiene.

Y hé aquí el nuevo atractivo que ha adquirido el imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Hé aquí un encanto con que ellas no contaban.

Las mujeres matan.

La mujer dá la vida.

Todas son mentira.

Una es verdad.

Todas son la locura ó el vicio.

Una es el juicio y la virtud.

Muchas son el placer.

Una es la felicidad.

J. Selgas.

LA MADRE AL HIJO

DURMIENDOLO EN SU REGAZO.

Que tranquilo, no en tu pecho
 se ocultan fieros dolores,
 de la dicha entre las flores
 hoy te duermes satisfecho.
 Gozas de tranquila calma
 de tu madre en el regazo,
 que del mundo fuerte lazo
 aun no aprisiona tu alma.
 Hoy no piensa tu razon
 en los triunfos y la gloria,
 de amor maternal la historia
 guarda solo el corazón.
 Unica historia en verdad
 que no da llanto á los ojos,
 mas tarde hallarás abrojos
 en las de amor y amistad.
 Que al recibirte mañana
 el mundo dentro su seno,
 solo encontrarás el cieno
 de miseria y pompa vana.
 ¡Mas ah! cruzarán los años
 llevando salva tu alma,
 la perdida de su calma
 á impulsos de desengaños.
 Por completo la quietud
 que no la pierdas confío,
 pues yo te criaré, hijo mio,
 practicando la virtud.
 Y la madre con candor
 besó del hijo la frente,
 dejando allí trasparente
 una lágrima de amor.

A. Garcia Alix.

NOVELAS DE C. PAUL DE KOCK.

LOS HIJOS DE MARIA.

(Continuacion.)

—Vamos, Maria, conducid á esos militares á su cuarto; al segundo... donde se pone á secar la ropa... Vamos... arreglarse como se pueda... Señores, me parece que no estoy obligado á daros de comer; no es esto?

—En efecto, no estais obligado, mas si quisiérais ofrecernos alguna cosa nosotros aceptaríamos de muy buena gana. ¿No es verdad, Grueso Calibre?... Yo por mi parte tengo una sed...

—Habrá agua á vuestra disposicion. Vamos, Maria, despachaos... y venid á reunirme enseguida.

M. Mignardin se fué refunfuñando á su cuarto y Grueso Calibre dijo al soldado pequeño:

—El burgués no me parece muy generoso; mas, para que tú veas, Bel-Amour, con los que no son amables me gusta á mí ser exigente y quisquilloso; y si me empeño... Al menos está obligado á darnos un sitio al fuego de la cocina...

—Oh! me gusta mas la criada que el amo, á fé mia!

—Calla, tonto! Estás tú poco fuerte en eso, Bel-Amour!... La Giberna, aunque no dice nada, has visto con qué ternura lo mira la muchacha? Oh! y cuánta sensibilidad tiene él tambien para devolver esas miradas!

El aludido respondió solo á media voz á sus camaradas!

—Amigos míos, ya sabeis que los jefes nos han encargado mucho que nos portemos bien con los patrones; esa muchacha no tiene trazas de hacer caso al primero que llega: no vayais por tanto á ofenderla

—Bueno, bueno, déjanos tranquilos... luego veremos á quien le tocan los triunfos.

Maria hizo seña á los militares de seguirla; los condujo al segundo piso, donde los cuartos estaban cubiertos por terrados; el que M. Mignardin habia indicado para sus huéspedes era por consiguiente muy caliente en el verano y muy frio en invierno; entonces era el mes de diciembre y estaba como una nevera.

Al entrar en el cuarto Grueso Calibre y Bel-Amour buscaban con los ojos alguna chimenea ó fogon, pero no vieron nada.

—Dónde esta aquí el fogon, cocinera? dijo entonces Grueso Calibre quitándose el morral y dejando el fusil en un rincon.

—Diablo! gritó tambien Bel-Amour; pues si secáis aquí la ropa, siempre estareis constipada de la cabeza.

La Giberna entre tanto no decia nada; se contentaba con seguir con la vista á la pobre Maria, que se fatigaba por arreglar el cuarto y hacer lugar para una cama.

—Si teneis frio, señores, podeis bajar á la cocina; allí hay fuego.

—Me alegro! en ese caso me voy á hacerle compañía á la marmita. ¿Te vienes, Bel-Amour?

—Enseguida, siento una gran necesidad de fogon; pero antes voy á buscar nuestras raciones. ¿Dónde se encuentra la cocina?

—Abajo, á la izquierda de la escalera.

Grueso Calibre y Bel-Amour bajaron y la Giberna dió algunos pasos como para seguirlos; después se detuvo y volvió donde estaba Maria, quien sintió enrojarse sus mejillas al ver al jóven soldado, de mirada tan expresiva, parado delante de ella.

—Os estamos incomodando, señorita.

—Nada de eso, al contrario... yo quisiera

alojaros mejor, pero ya lo veis, no hay sitio mas que para una cama.

—No importa, mis camaradas se acostarán en ella y yo me dormiré sobre una silla... yo en cualquier parte estoy bien.

—Oh! no, no podeis descansar así. Pondré un colchon en el suelo al lado de este.

—Con un gergon tengo bastante.

—O si nó, mejor estareis en el gabinete de al lado; allí os pondré una cama. Mirad, desde aquí se ve la puerta; allí.

—Muy bien, señorita.

—Fatiga tanto la guerra!... ¡Qué pocas veces se podrá dormir así!...

—Yo soy soldado muy poco tiempo; voy á entrar en el fuego por la primera vez.

—Dios mio! tendreis miedo.

—Oh! no, batirme es cuanto deseo; al contrario, espero distinguirme en el combate y salir de soldado.

—Ah! sí, teneis razon; pero habeis de tener mucho cuidado con que no os maten; tendreis sin duda padres que os llorarian.

—Tengo padre, en efecto, y siento mucho haberme separado de él.

La voz del jóven soldado se hizo un poco triste, y sus ojos se bajaron. Maria, que estaba de pié al lado de la cama, se sintió enternecida con la tristeza del militar.

En este momento apareció M. Mignardin.

—¿Qué haceis ahí con los brazos cruzados en medio del cuarto? dijo el antiguo marchante mirando de reojo al soldado.

—Señor, estaba arreglando para estos caballeros...

—Arreglar!.. ya debiais haber acabado.

—Estos militares decian que hace aquí mucho frio.

—Bah! cuando se duerme no se siente el frio, y dónde están los otros camaradas?

—Han bajado á calentarse á la cocina.

—A la cocina! dijo M. Mignardin mirando á Maria con aire irritado... ¡A la cocina!... y la marmita... y mi asado... que están allí!...

—Burgués, gritó ásperamente la Giberna dirigiéndose á M. Mignardin; creéis que mis compañeros van á tocar á vuestra comida? Tened entendido que los soldados franceses no son pilletes y que nadie ha tenido que decir nada de ellos donde quiera que se hayan alojado.

—No lo dudo, respondió M. Mignardin, y bajó los escalones de cuatro en cuatro hasta llegar á la cocina. Solo estaba Bel-Amour dormido junto al hogar; Grueso Calibre habia salido á buscar las raciones. El amo de la casa cogió su asado, mandó bajar á Maria, se hizo servir la comida en su cuarto para no volver á encontrarse con los militares, cuya presencia le era tan desagradable, y encargó á la jóven que le avisase cuando todos se hubieran recogido.

Grueso Calibre volvió á poco con las ra-

ciones y con la orden de ponerse en camino á las seis de la mañana. Los tres se pusieron enseguida á consumir la racion y á apurar una botella que Maria les regaló de extraordinario, prometiéndoles una segunda á condicion de que Bel-Amor y Grueso Galibre no le dijese tonterias. — Los militares prometieron ser formales; además, la Giberna estaba allí para hacer respetar á Maria.

La jóven hubiera querido mejor quedarse á escuchar sus ocurrencias que ir á hacer compañía al viejo, pero á cada instante se oia la voz de M. Mignardin. El trasnochado galantemía que los encantos de Maria hicieron alguna impresion sobre sus huéspedes; sabia que los militares suelen meter el amor á barato.

—Maria, debeis acostaros esta noche en el gabinete que hay contiguo á mi cuarto, dijo M. Mignardin cogiendo la mano de la criada que la retiró enseguida.

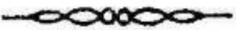
—Por qué, señor?

—Porque esta noche tenemos tres alojados, y una linda muchacha... como vos... corre mil peligros bajo el mismo techo que unos militares.

—Y si os obedeciera estaria mas segura de vos?

—Hum... picarilla?... El sábio peca siete veces al dia... Ruht estuvo en compañía de Booz... y David...

(Se continuará.)

——
¡Qué lástima!

A Celia.

Bella y gentil; de tu pupila el rayo inunda en luz el corazon doliente; negros tienes los rizos, y es tu frente mas blanca que las cumbres del Moncayo.

Es tu talle flexible como el tallo de la flor que se mece dulcemente, y tus lábios perfuman el ambiente mas que las rosas del florido mayo.

¡Lástima grande que al mirar mi anhelo te muestres siempre como el mármol fria sin sentir ni placer, ni desconsuelo!

¡Lástima que al nacer, ¡oh, Celia mia! te diera Dios para cruzar el suelo en vez de corazon... una sandia!

Cárlos Cano.



Segun nos escriben de Madrid, la medalla que como saben nuestros lectores se estaba haciendo con objeto de regalarla al inspirado poeta D. Antonio Arnao, ha sido entregada á nuestro distinguido paisano por los Sres. Tornel y Baquero, quienes han tenido el gusto de ofrecérsela, juntamente

con la siguiente carta dedicatoria:

Sr. D. Antonio Arnao:

Muy Sr. nuestro: tenemos el gusto de ofrecer á V. la medalla, producto de la suscripcion hecha con este objeto por los amantes de las glorias murcianas, que ven en V. uno de nuestros primeros poetas religiosos.

Esperamos la acepte como una prueba de la admiracion de sus paisanos, y del cariñoso afecto que Múrcia profesa á su inspirado vate.

Con este motivo tenemos el gusto de ofrecernos de V.

Como iniciadores de la suscripcion: J. M. Tornel.—A. Baquero Almansa.

A cuya carta el Sr. Arnao ha contestado con esta otra, tan bien escrita, como agradecida y cariñosa:

Sres. D. J. M. Tornel y D. A. Baquero Almansa:

Muy Sres. míos y de mi mayor consideracion y aprecio: Con imponderable satisfaccion he recibido la medalla de oro que en nombre de mi insigne ciudad natal se han servido Vdes. remitirme, como iniciadores de la suscripcion abierta en ella para favorecerme con tan lisonjero obsequio.

Si las palabras, segun he dicho hace poco en otra ocasion solemne, no fueran á veces débil instrumento para revelar en toda su elevacion los grandes sentimientos del alma, hallarian Vdes. ahora en las mias la expresion fiel de mi agradecimiento; pero en la imposibilidad de manifestarlo como es en sí, me limito á mi pesar á dar á Vdes. y á todos y á cada uno de los generosos amigos que han coadyuvado á tributarme esta merced, las mas sinceras y leales gracias que puede formular un corazon veraz y apasionado; añadiendo al propio tiempo que si bien soy indigno de tal distincion en cuanto á mis exíguos merecimientos, no lo soy, á mi juicio, en cuanto al constante amor que profeso á la noble y hermosa ciudad donde tuve la dicha de nacer.

Con este motivo, y reiterando á todos mi gratitud, me repito de Vdes. aftmo., Antonio Arnao.

La medalla ha sido hecha bajo la acertada direccion del Sr. Atienza, grabando con delicado gusto el anverso el Sr. Soler, cuyo trabajo honra mucho á las artes murcianas, y terminándola en Madrid M. Delbreil, que ha grabado el reverso. El trabajo del Sr. Soler consiste en un complicado cuanto elegante dibujo de adorno, que divide en dos mitades una cinta, y lleva entre sus rasgos la dedicatoria «Múrcia á Arnao» cuyas letras, de relieve y brufidas, se destacan sobre un fondo de grano mate; y el reverso lo

forman los atributos de la poesia, rodeados del lema *Fecit mihi magna qui potens est*, que encabeza una de las obras del señor Arnao.

La medalla, que pesa de catorce á quince adarmes, ha sido entregada en un bonito estuche forrado de raso y terciopelo, con las iniciales del Sr Arnao en la tapa.

Creemos, pues, que aunque algo tarde, están cumplidos los deseos de los suscritores, cuyas listas fueron publicadas en «La Paz», «El Zorongo» y «El Deber».



Un tipo.

Mira bien á Simon ¿ves que elegante?
Hecho un brazo de mar baja al paseo,
y si voy al teatro, allí le veo
trovar á las pollitas arrogante.
De trajes variando á cada instante,
todos muy lindos son, ninguno hay feo:
cinco se pone al dia segun creo
y con ellos está siempre flamante.
Ahora lleva chaquet, luego levita,
el paletot mas tarde... ¡oh! no hay ninguno
que tanto lujo muestre y tal riqueza!
Con mas ese donaire, esa risita!
Solo un defecto tiene, solo uno:
que es tonto el infeliz de la cabeza!



Ocurre muchas veces en el uso doméstico tener que agujerear el hierro y estar desprovisto de útiles necesarios para llevar á cabo esta, al parecer, difícil operacion.

Vamos á indicar un medio muy sencillo y que se ha experimentado con éxito varias veces.

Se coge una barra de azufre piedra, á la que se dá la forma que ha de tener el agujero en el hierro, ovalado, cuadrado, redondo, etc.; se calienta la pieza de hierro al rojo blanco y sin pérdida de tiempo se coje la barra de azufre por un extremo y se aplica fuertemente en el sitio en que se va á abrir el agujero: en esta operacion se forma sulfuro de hierro que se desprende con facilidad.



En un periódico de Londres, el «Matrimonial News», se lee el siguiente anuncio, que demuestra visiblemente que no decae el espíritu escéntrico de los ingleses.

«Número 1178. — Una señora de elevada alcurnia, viuda de un miembro de la Cámara de los Comunes, «al que no cesará de llorar», pero á quien la supresion de pagos de la casa Overend y compañía ha reducido á la estrechez, desea enlazarse con un «gentleman» de fortuna bastante para propor-

cionarle una existencia en armonia con su rango anterior, pero al mismo tiempo «bastante delicado para no exigir de ella otro comportamiento que el fraternal!»



Nuestro colega «El Fomento» de Badajoz ha publicado un importante artículo sobre la industria, que concluye con los siguientes apuntes, que en algunos casos considera como axiomas confirmados por la experiencia, con rarísimas excepciones:

1.º Todo pueblo industrial domina á los que no lo son.

2.º De la industria nacen las ciencias positivas; pero estas hacen progresar inmediatamente á aquella.

3.º Las ciencias positivas, sin aplicacion inmediata á la industria, son meros adornos de lujo.

4.º Todo pais industrial será excelente agricultor y buen comerciante. Todo pais exclusivamente agrícola será siempre atrasado y pobre, y cada dia mas pobre.

5.º La agricultura no se perfecciona ni progresa, si á su lado no se desarrollan otras industrias y por consiguiente, las ciencias de aplicacion.

6.º La contribucion mas onerosa que paga un pueblo labrador es la del transporte de lo que produce y consume; basta ella sola para arruinarlo.

7.º Una fábrica en una comarca, es el mejor abono para sus campos.



Segun M. Bischof, el hierro, en la forma denominada callo de herradura, descompone con extraordinaria energia las materias orgánicas contenidas en el agua. Un filtro, convenientemente provisto de hierro en la antedicha forma, deja pasar el agua con mucha rapidez y la purifica tan perfectamente cuando está alterada por materias orgánicas, que se puede beber sin el menor peligro, ni conserva mal gusto, ni perderá en muchos meses la limpidez y diafanidad. Aguas realmente fétidas y de un oscuro sombrío se han tornado claras y exentas de olor por medio de tan precioso agente de purificacion.



Abogaba uno en París por los comunistas. — Crea Vd., dijo á su interlocutor, que respetan los intereses de la Francia.

— Así lo creo, le contestó; pero yo no temo por los intereses, sino por el capital.



—¿Qué hora tiene usted?
 —Las doce.
 —Quiá, hombre, no puede ser; su reloj de Vd. adelanta.
 —Le puedo probar á Vd. que mi reloj no adelanta ni atrasa nunca.
 —¿Cómo?
 —Porque está parado desde que lo compré.



Defendiendo á Barodet, decia un parisien:
 —En último resultado es como la mayor parte de nuestros grandes hombres; todos ellos han salido del pueblo.
 —Han salido del pueblo porque no han querido permanecer con él, le contestó su interlocutor.



Tambien en Francia hay avaros.
 Un campesino recibió hace poco una carta de la Argelia sin franquear.
 —Es de su hijo de Vd. y déme Vd. seis suces.
 —¿Para qué? contestó el campesino; veo su letra en el sobre, y eso me prueba que está bueno. No necesito saber mas.



La «Cartera del Industrial,» revista científico-práctica, publica el siguiente nuevo pulimento para las obras de ebanisteria.

—Las fábricas americanas dan á sus trabajos en madera, y particularmente á las cajas de los relojes baratos, un barniz de paca que las dá la apariencia de maderas finas. El método es el siguiente.

A un kilogramo de barniz copal bien fluido se añaden 14 gr. 620 de aceite sáncante de linaza pura: se calienta esta mezcla, agitándola á menudo hasta que sea completa la combinación.

La madera que se quiere pulimentar se cubre con una solución de gelatina y se seca lentamente,

frotando después con la muñeca.

Para las maderas de color claro se añade á la gelatina yeso en polvo colorado con ocre rojo oscuro.

Por último, se dá una mano con la mezcla indicada, y cuando está seca se frota con cera disuelta en éter.

PASATIEMPOS.

Fuga de consonantes.

so: una reua de Azacia
 suzaro: tiemo amuziario,
 seria: serriro de raria
 —¿¿ tú te raria: e: raria,
 so fue e: á rario de rario.



Acertijo.

Universal es mi ley,
 á todos hago temblar,
 y el calor solo es quien pued
 mi rigor aminorar.



Charada.

Se come cuarta y primera
 tercia y segunda es pecado,
 y el todo no lo he habitado;
 ¡quien habitarlo pudiera!



Soluciones á los pasatiempos del núm. 15.

Al problema.—Habia dos cerezas, comi una y dejé otra.

Al enigma.—Honor.

Salto de Caballo.

ca-	so-	—¡Lo-	gas	che	enta-	Mas	ras?
cas	ton-	en el	ble	dijo:	no di-	ano-	ta
bre	fé	qui-	teras,	Ante-	cité.	te-	mos,
mé-	¿cómo	una	con	en-	Va-	pu-	tidas
cues-	el es-	ras	unas	dis-	Par-	lo que	didas!
son	leyes	tion	tú-	decir	per-	ve	las
de	pido	tidas	ra-	yes,	yes	de	nes
par-	tus	le-	Re-	han	zo-	y	gra-

Empieza en el número 1 y concluye en el 64.

En el número próximo se dará la solución y los nombres de los suscritores que la remitan.

A las preguntas.—
 1.ª En que tienen paraiso.—2.ª En que tienen partido.—3.ª En que giran

Allogogrifo.—Amor.
 A la charada.—Sibarrita.

AVISOS.

Se han dado de baja, sin abonar la suscripcion, los suscritores números 11, 67, 76, y 83. Tampoco han devuelto los números.



En el anterior sorteo el número agraciado fué el 3,552 y el 52 se halla en blanco en nuestra lista por haberse borrado el suscriptor que lo tuvo, por esa razon nos privamos del gusto de dar regalo.